

Josep Maria Castellet: El «Mestre» inconstante

Santos Sanz Villanueva

El Premio Nacional de las Letras suele adjudicarse a autores de creación. En su última convocatoria ha reconocido, en cambio, no la trayectoria entera de un poeta o novelista, sino la de un crítico, ensayista y editor, Josep Maria Castellet. La obra de Castellet, aunque notable, tiene muy comedida amplitud, pero nadie como él significa algo serio, importante y de auténtica trascendencia en las penúltimas letras españolas, las que se batieron el cobre contra la incultura, la intolerancia intelectual y el propósito de sumir al país, su pensamiento y su literatura, en la noche oscura de los tiempos que el dogmatismo antiliberal y antimoderno del franquismo y el belicoso conglomerado del nacional-catolicismo quisieron imponer. Durante buena parte de tres decenios, los años cincuenta, sesenta y setenta de la pasada centuria, fue el siempre polémico activista barcelonés una voz escuchada e influyente, un auténtico orientador de la cultura española, el flautista tras cuya música iba la «infame turba», dicho gongorinamente, de la Hame-lin literaria.

La presencia pública habitualmente discreta de los actores del teatro de las letras se mudó para Castellet incluso en notoriedad mediática cuando dio a conocer en 1970 la controvertida antología *Nueve novísimos poetas españoles* en la editorial de su íntimo Carlos Barral. Me temo que aun hoy, para el público atento pero no especialmente interesado en el mundillo literario, sea la imagen de aquel Castellet que suscitó encendidas reacciones. El infiel Castellet, como se le calificó entonces, el crítico tornadizo que había abandonado a su suerte a los escritores del realismo comprometido, o, todavía más, los había condenado con sumaria pena capital, tenía detrás de sí una ejecutoria fundamental para el rena-

cimiento de las letras peninsulares en el medio siglo. Puede asegurarse que habrían sido distintas a como fueron sin su trabajo en aquellas fechas.

El primer protagonismo de Castellet, aunque él haya rebajado su papel con modestia, tuvo por escenario la puesta en marcha y desarrollo de *Laye*, la revista catalana que, amparada en su curioso estatus de publicación protegida por instancias oficiales, aglutinó un nutrido sector de universitarios inquietos quienes, desde una rebeldía juvenil, dieron el salto a un variado activismo democrático y antifranquista. Tuvo *Laye* un nivel intelectual de considerable altura y, aunque menos importante y menos literaria que el *Acento cultural* de los realistas sociales madrileños, en sus páginas fermentó un descontento que postulaba la implantación de una sociedad racional; ese inconformismo trascendió al campo de las letras y las impregnó de espíritu crítico y combativo. Y cuando *Laye* feneció por haber tensado demasiado la cuerda, Castellet dirigió unos cursos en el Instituto de Estudios Hispánicos, especie de delegación barcelonesa del Instituto de Cultura Hispánica del gobierno central, donde continuó la labor de debate y de formación grupal autodidacta en momentos de fuerte adanismo, a los cuales asistieron gentes de *Laye* y jóvenes representativos de la sensibilidad de aquellos años como un Luis Goytisolo todavía estudiante.

El primer libro de Castellet, *Notas sobre literatura española contemporánea* (aparecido en las ediciones de Laye en 1955), aunque magro de grosor y leve de contenido (reúne artículos de actualidad publicados en la prensa periódica), marca el inicio de una influencia que no haría sino acentuarse en los años cercanos. El autor agavillaba unos apuntes de sociología literaria, otros sobre el teatro, la novela y la poesía de los jóvenes o una positiva recepción de *La colmena*, todo ello tras un delantal donde explicaba la razón de ser de aquellas páginas, la demostración de una postura «abierta y honradamente inconformista» frente «a una situación cultural anómala y confusa como la actual».

En las *Notas* late la conciencia explícita de actuar como portavoz generacional, y esa actitud vino a parar en poco tiempo en el auténtico mandarinato que se le ha reprochado en más de una ocasión. Los dos jalones del decisivo ascendente de Castellet fue-

ron una nueva recopilación de artículos, con más cuerpo que la anterior, y con un planteamiento teórico articulado, *La hora del lector* (1957), y la antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)* (1960). Ambos títulos responden a una postura programática y marcaron nuestras letras hasta bien entrados los años sesenta. *La hora del lector*, con la ayuda de un libro de Juan Goytisolo que bebía directamente en esa fuente, *Problemas de la novela*, señaló el rumbo de una narrativa realista, objetivista, comprometida y social. La antología lírica, recreada en 1965 en *Un cuarto de siglo de poesía española (1939-1964)*, impuso una poética anti-simbolista cuya manifestación más llamativa era la ausencia absoluta de Juan Ramón Jiménez. Los dos libros fueron obras de cabecera de los poetas y prosistas españoles de finales del medio siglo, y tuvieron el valor y la trascendencia del manifiesto aceptado a pies juntillas por un amplio sector de los escritores de entonces, y de algunos críticos representativos.

Ambos libros tuvieron amplia repercusión general en nuestras letras y *Veinte años de poesía española (1939-1959)* adquiere particular relevancia, además, como vehículo de lanzamiento generacional de la promoción de jóvenes antifranquistas de los cincuenta. De hecho, quizás sería algo exagerado, pero no inexacto atribuir a Castellet la invención de la generación del medio siglo, en particular de un sector de ella, el de sus amigos de la Escuela de Barcelona. Aquellos jóvenes, un Gil de Biedma, o un Barral, tenían ganas enormes de ser reconocidos, de ocupar un espacio en la sociedad literaria. Los diarios o memorias de aquella gente no dejan dudas al respecto. La «idea» de Carlos Barral, según ha referido quien la llevó a cabo, Castellet, fue montar una antología generacional insertada en otra más amplia de la poesía de postguerra. Esa antología venía a consumir un viejo proyecto de Castellet y de los poetas que habían publicado en *Laye* —Barral, Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo o Alfonso Costafreda— y estaban deseosos de ampliar su difusión más allá del limitado círculo barcelonés. Con los *Veinte años...* en la calle, el grupo entraba de pleno derecho en la historia reciente de la lírica española. Antonio Machado, banderín de enganche estético, ético e ideológico de la antología, fue instrumentalizado en buena medida como avalista de la generación. En aquellas calendás se mezclaron

conciencia cívica, inconformismo y realismo en la base de un movimiento generacional.

En una interesante carta a Dario Puccini de agosto de 1964, recientemente editada por Laureano Bonet, le confiesa Castellet al hispanista italiano la larga crisis que ha padecido y que le ha causado incluso una ligera pero crónica depresión como consecuencia de haber comprendido «la simplicidad y el esquematismo de mis análisis y tesis literarias» y la «ineficacia de una lucha política agotadora, sin una sola satisfacción pública». Al cabo, vino Castellet a pagar la factura de aquella «pesadilla realista», como él mismo la calificó, de la que había sido su evangelista. Pesadilla artística que había ido de la mano del activismo político cercano al Partido Comunista (no ha sido militante, pero sí eficaz «compañero de viaje») y que se había desarrollado en múltiples actividades de aquel confuso conglomerado de ideario estético, idealismos y ambiciones prosaicas generacionales, y activismo político. El inquieto Castellet tuvo un papel en relevantes episodios de las letras del medio siglo: en el reducido comité de lectura de la más prestigiosa editorial del momento, Seix Barral, en las Conversaciones literarias de Formentor, en la utilización interesada de Machado como marca para el lanzamiento de la colección poética «Colliure», en la conocida visita a la tumba francesa del poeta sevillano en 1959, en la difusión de la poesía catalana de la pasada centuria...

Con este currículum no había por menos que sorprender y hasta escandalizar el paso al esteticismo que en buena medida suponía el presentarse como avalista de los *Novísimos*. Aquella mudanza parecía una conversión paulina, o una palinodia, y hasta una frivolidad. El cambio se reflejaba incluso en el sofisticado *look* del antólogo que revela su fotografía en la cubierta trasera del libro. Mirado el amplio y razonado prólogo de *Nueve novísimos* sin anteojeras, el compilador se atenía a una descripción de hechos bastante neutral en apariencia. Y no venía a decir, por cierto, cosa muy distinta de la que señalaba en 1969 un buen observador de nuestra lírica, el poeta Félix Grande, en un artículo anterior a la antología, «1939. Poesía en castellano. 1969»: se percibía un cambio en los poetas jóvenes, pues «casi todos» coincidían en separarse de sus antecesores y en saber lo que no querían escribir. No

fue, sin embargo, la cualidad prospectiva de la antología lo que prevaleció y se recibió como muestra de un nuevo mandarínato que imponía hogaño una estética opuesta a la de antaño.

Otra vez Castellet, en el ojo del huracán, se convertía en mandarín literario de una estética veneciana, culturalista, evasiva, y contra su dictadura nada logaron hacer ni la contestataria respuesta de los «marxistas de secano» leoneses de *Claraboya*, según los calificó el batallador novísimo Guillermo Carnero, ni la ponderada propuesta de Víctor Pozanco con sus *Nueve poetas del resurgimiento* (1978). Aquel papel de Castellet como orientador de la literatura en los amenes del franquismo duró tiempo. Todavía el 15 de febrero de 1978 Sabino Ordás manifestaba en un artículo, «Castellet con retraso», su sorpresa de que alguien «con obra tan escasa consiguiese tanto predicamento». El maestro de Ardón recordaba al «reputado crítico en trance revisionista» su pasado de ideólogo del realismo y repudiaba su alternativa actual de avalar «bastantes desahogos juveniles y escurriduras de ismos francamente decrepitos».

El «mestre» Castellet, como le trataban con cariñoso desenfado sus próximos, encarna todo un largo episodio de la cultura española en tiempos del franquismo. Un «mestre» inconstante, según se ve, cuya combativo activismo se movió a instancias de los requerimientos de la sociedad española de postguerra, tanto en tiempos en que urgía una concienciación crítica de intelectuales y artistas como en las circunstancias que pedían revisar postulados equivocados o ineficaces y buscar la modernidad. Establecida la democracia, Castellet ha pasado a un segundo plano, sin dejar por ello de realizar un amplio trabajo como editor y también como tardío autor de un par de ágiles libros memorialísticos, *Los escenarios de la memoria* (1988) y *Seductores, ilustrados y visionarios* (2010). Ha sido el mismo curioso destino de los más notables empeños culturales por sacar a España de la dictadura. Algo de eso, de un desaliento, del fracaso de un «visionario» compartido con aquellos amigos de semejante pelaje de ayer, comunica el tono elegíaco del último libro de recuerdos. Llegada la democracia, la sociedad española vino a darles las espaldas. Ocurrió también con varias revistas de referencia en esa lucha: *Cuadernos para el diálogo*, *Triunfo* o *Destino*. Tal vez sea de aplicación al caso aquella

ocurrencia de Manuel Vázquez Montalbán de que «contra Franco vivíamos mejor». Son de añorar el pasado espíritu reformista y la vivacidad de aquellas polémicas de ayer, con sus errores e hipotecas, cuando se contempla la atonía de nuestra cultura última, mortecina y sin debate. Hoy podemos lamentar una situación semejante a la que desazonaba al primerizo Castellet, la de hallarnos ante una «generación sin inconformistas» ©